



VI DOMINGO DE PASCUA

(13 de mayo)

♦ Texto para la oración

*Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; **permaneced en mi amor**. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud.*

***Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado**. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. **Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando**. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; **a vosotros os llamo amigos**, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé. **Esto os mando: que os améis unos a otros**.*

(Jn 15, 9-17)

♦ Comentario al texto

Seguimos en el mismo contexto del domingo anterior, de despedida de Jesús en la última cena. Jesús señala en este momento algo muy importante: **el amor es el germen y fundamento de la vida de Jesús y de sus discípulos**. Es un amor que surge del Padre y que a través de Jesús llega hasta nosotros y crea comunidad. Una comunidad de discípulos que tiene como mandamiento el amor mutuo: **que os améis unos a otros como yo os he amado**. Y este amor tiene una referencia clara en Jesús: **como yo os he amado**. En este momento de despedida Jesús muestra a sus discípulos que el amor es el origen, el contenido y el centro de la misión. El amor del que Jesús habla tiene su punto de partida en una experiencia, el amor del Padre, que se ha hecho cercano a nosotros a través del amor y de la misión del Hijo, y que se extiende a todo el mundo a través del amor de los discípulos. Y ¿cómo ha de ser

ese amor? **Como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos.**

♦ Momento de oración

Estamos terminando el tiempo de Pascua. Cristo resucitado se despide de sus amigos y discípulos y la liturgia nos sigue poniendo ante nuestros ojos y ante nuestros oídos estas palabras de Jesús. Unas palabras que, como Jesús mismo dice, van dirigidas a que **vuestra alegría llegue a plenitud**.

-La alegría del cristiano nace y se desarrolla en la medida que crece y se desarrolla el amor. **Esto os mando: que os améis unos a otros.**

-Le pido a Jesús sentir, en primer lugar, el amor que él me tiene. En concreto, ¿cómo y por qué me siento amado por Jesús? ¿Cómo está Jesús en mi vida? ¿A través de quiénes me llega a mí ese amor? Doy vueltas y saboreo mis experiencias de sentirme amado...

-Desde ese amor sentido, puedo preguntarme ¿hasta dónde estoy dispuesto yo a llegar en la entrega de mi amor a aquellos que me necesitan?

-Jesús nos llama sus amigos, pero, lo somos de hecho, con una condición: **si hacéis lo que yo os mando: que os améis unos a otros.**

Al leer tu palabra, Jesús, descubro la fuerza del amor encarnado, hecho historia y presencia entre nosotros. Un amor que se hizo buena noticia para los más pobres, para los enfermos y pecadores, que se convirtió en liberación para los oprimidos y esclavos; un amor que te sentó a la mesa de descreídos y marginados –según el mundo-. Un amor que pasó haciendo el bien hasta dar la vida.

¡Creo, Señor, en tu amor!, creo que el amor me hace más humano, más discípulo, más persona y por eso creo en el gozo del amor, en la plenitud de la alegría. ¡Creo, Señor, en tu amor!